ANUNCIAR EL EVANGELIO EN UN MUNDO POSTCRISTIANO

Mons. Francisco Conesa Ferrer
Obispo del Solsona

Cuando los cristianos pronunciamos hoy el nombre de Jesús, lo hacemos en medio de una sociedad que, en muchos aspectos, puede ser calificada como "postcristiana". En estas páginas, intentaré exponer qué queremos decir con esta expresión y también daré algunas indicaciones sobre cómo creo que podemos anunciar el Evangelio en este mundo postcristiano. No son recetas (que no las hay) ni tampoco remedios milagrosos. Son algunas intuiciones y acentos que comparto con vosotros, desde la reflexión y también desde mi experiencia como pastor de la Iglesia.

VIVIMOS DESPUÉS DE UNA CULTURA CRISTIANA

El fenómeno de la secularización es muy fuerte en las sociedades occidentales. La pérdida de Dios y del sentido religioso se pone de manifiesto tanto en el descenso alarmante de la práctica religiosa como en la pérdida del influjo cultural y social de la fe cristiana y su reclusión en el ámbito de las iglesias. Ante esta realidad, se ha comenzado a sostener que la cultura en que nos movemos es postcristiana. Con ello se subrayan fundamentalmente varias cosas:

1. La primera es que se ha extendido la indiferencia religiosa. Son muchas las personas que han perdido su práctica religiosa y son indiferentes a la fe. El racionalismo ilustrado no ha conducido -como pretendía- al ateísmo ni al agnosticismo; lo que ha triunfado ha sido la indiferencia religiosa general de las masas, es decir, la aparente ausencia de inquietud religiosa de muchas personas[1]. Domina una atmósfera de despreocupación por lo religioso.

2. Nuestra cultura actual viene después de una cultura cristiana. Existen unas raíces cristianas en la sociedad, como se refleja en algunos valores como el respeto de la persona, la libertad o la concepción de la sociedad. Pero estos valores se encuentran desvinculados de las creencias que les daban consistencia.

   De hecho, nuestra cultura, se vive y entiende sin el cristianismo. El cristianismo ya no es la cosmovisión fundamental desde donde se comprende el mundo o el sustrato desde el que se constituye. Para muchos se ha logrado la emancipación del cristianismo y esto es vivido como triunfo. Se quiere pasar la página de la historia y relegar el cristianismo al pasado, a algo sin vigencia para la sociedad actual. Se abre una nueva visión del hombre y la sociedad.

   En este contexto, la evangelización resulta especialmente difícil, porque la increencia actual viene después de dos mil años de cristianismo. Precisamente, porque es post-cristiana, nuestra sociedad piensa que ya lo sabe todo sobre Jesucristo. Se ha perdido la novedad del comienzo, cuando el nombre de Jesús sonaba como algo desconocido y era capaz de llenar de sentido la existencia humana. Cuando hablamos de Jesús lo hacemos a unas personas que creen que ya lo saben todo sobre Él -aunque su experiencia de fe haya sido superficial-, y tenemos que hacer frente a numerosos prejuicios y deformaciones. El anuncio de la Buena Noticia hoy debe atravesar un hilo de escepticismo añadido por la imagen desenfocada y tergiversada que las palabras cristianas evocan en quienes las escuchan.

3. Como alternativa al cristianismo, algunos proponen una vuelta al paganismo, que conciben y presentan de modo idílico. El cardenal Ratzinger hace treinta años hablaba ya de que estábamos en una "era neopagana"[2]. Aunque el paganismo sólo sea defendido explícitamente por algunos intelectuales, se va extendiendo una religiosidad pagana. Se defiende y hace apología del hedonismo sin límites (gozar del sexo y de las cosas) y la experiencia de la naturaleza en su pujanza y plenitud[3]. Esta defensa se tiñe de tonos religiosos,

1 Cfr. análisis de A. JIMENEZ ORTIZ, Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo, CCS, Madrid 1993, pp. 103-117; F. CONESA, Voz "Increencia", en C. IZQUIERDO (ed.), Diccionario de teología, Eunsa, Pamplona 2006, pp. 493-506.
2 J. RATZINGER, Ser cristiano en la era neopagana, Encuentro, Madrid 1995, p. 141
3 Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, España, entre cristianismo y paganismo, San Pablo, Madrid 2002.
4 Cit. por L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, Ideas y creencias del hombre actual, Sal Terrae, Santander 1991, p. 173.

de manera que Dios acaba siendo identificado con la experiencia natural de la vida. Dionisos se revuelve contra el Dios cristiano, como había avanzado Nietzsche. Lyotard, uno de los ideólogos de la postmodernidad, decía con claridad en una entrevista: "Dejadnos ser paganos"[4]. Otros intelectuales proponen sin ambages avanzar hacia una "era abiertamente atea"[5] , en la que se prescinda por completo de toda herencia del cristianismo y de cualquier otra religión, que se consideran irracionales, para dar paso a un laicismo postcristiano.

DOS HECHOS A DESTACAR

En este panorama postcristiano existen, sin embargo, dos hechos a destacar, que conviene valorar:

1. La persistencia de la religiosidad popular. A pesar de la baja asistencia a los actos de culto, las manifestaciones de religiosidad popular (Semana Santa, Navidad, celebración de los patronos, peregrinaciones a santuarios,...) continúan teniendo fuerza. En ella participan personas de toda condición social y cultura[6]. Ciertamente esta religiosidad tiene sus lagunas, pero es la que ha ayudado a muchas personas a mantener sus vivencias religiosas facilitando el tránsito de la era de cristiandad a una era secular. En cierto modo, la religiosidad popular ha sido un dique de contención frente al avance de la increencia.

2. El redescubrimiento de la dimensión espiritual del ser humano. La búsqueda de Dios y del Absoluto se manifiesta en nuestros días, sobre todo, como anhelo de una espiritualidad que otorgue plenitud y satisfacción a la propia vida. La demanda de libros que hablen de "sabiduría" y "espiritualidad" se extiende por todas las estaciones de tren, en los aeropuertos y en las estanterías de los centros comerciales. Esta espiritualidad se busca fuera de las religiones institucionalizadas, las cuales se perciben como organismos de poder, asfixiantes e incluso corruptos. Como explica Agustín Pániker, "para muchos religión es sinónimo de religión oficial institucionalizada (con toda la parafernalia que comporta la asociación) y espiritualidad está libre de esas connotaciones y se constituye como una actitud o un núcleo subjetivo experiencial (y, con frecuencia, allende la religión)"[7]. Por eso resulta más fácil decirse espiritual que religioso. Se da, de esta manera, una salida de la religión, pero una permanencia de lo religioso, que se manifiesta de una manera muy diversa.

LAS DIFICULTADES DE ANUNCIAR A CRISTO EN UN MUNDO POSTCRISTIANO

¿Cómo anunciar a Cristo en este mundo postcristiano?

1. Creo que es muy importante entrar en diálogo con el individuo contemporáneo para plantear las preguntas fundamentales y ofrecer esperanza. Como dice Angelo Scola, "hoy todavía se encuentran hombres y mujeres que

5 M. ONFRAY, Tratado de ateología, Anagrama, Barcelona 2006, p. 60.
6 Cf. J. ELZO, ¿Tiene futuro el cristianismo en España? De la era de cristiandad a la era post-secular, San Pablo, Madrid 2021, pp. 53-93.
7 A. PÁNIKER, El sueño de Shitala, viaje al mundo de las religiones, Kairós, Barcelona 2011, p. 31.

continúan esperando a ese Otro que de alguna manera les salga al encuentro, liberándolos y devolviéndolos a sí mismos, continuando a salvarles con su existencia"[8]. También la persona contemporánea está atravesada por preguntas radicales que no dejan de cuestionarle: ¿estoy condenado al vacío de la soledad? ¿mi existencia está condenada a ser un enigma incomprensible? ¿qué sucederá al final?

El cristianismo ha de aprender a dialogar con la mujer y el hombre postmoderno, escuchar sus preguntas y acogerlas. Al mismo tiempo, es necesaria la audacia de plantear con radicalidad la pregunta existencial fundamental, que Cristo ha sintetizado de un modo admirable: "¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" (Mc 8, 36). Si la fe sabe interceptar las preguntas más profundas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y les ofrece una respuesta convincente, evitará ser condenada a la irrelevancia cultural. Scola sostiene que hemos de mostrar a cada persona concreta la conveniencia del anuncio cristiano, es decir, ayudarle a descubrir que la fe con-viene al corazón del hombre y de la mujer.

Es importante conectar con la manera en que estas preguntas son formuladas por nuestros contemporáneos, saber detectar dónde y cómo aparece el deseo de Dios, de qué manera se asoma hoy al corazón de los hombres la búsqueda del Absoluto. El ansia del Absoluto se despierta en los individuos de diversas maneras y en diferentes edades. A veces aparece como un impulso íntimo a la búsqueda espiritual, otras como un anhelo de belleza, de bien o de justicia; también puede aparecer como búsqueda de amor o de sentido. Dios habla a todos, pero a cada uno de diferente forma, según su capacidad de escuchar y entender[9].

Tomas Halík sugiere que haya cristianos que sean buscadores entre los buscadores, "islas de espiritualidad y diálogo"[10]. Por su parte, Christoph Theobald habla de un carisma particular, el de "los detectores de buscadores de sentido", es decir, de personas que posean el arte de la conversación espiritual, del sentimiento de gratuidad y la discreción y sean capaces de establecer relaciones profundas con los demás[11].

2. En este ambiente postcristiano, hemos de realizar un gran esfuerzo para presentar el cristianismo como algo

8 A. SCOLA, ¿Postcristianismo? El malestar y las esperanzas de occidente, Encuentro, Madrid 2018, p. 13: cf. pp. 22-24.
9 Cf. T. HALÍK, La tarde del cristianismo. Valor para la transformación, Herder, Barcelona 2023, p. 28.
10 T. HALÍK, Il segno delle chiese vuote per una ripartenza del cristianesimo, Edizioni Vita e Pensiero, Milano 2020.
11 Ch. THEOBALD, Urgenze pastorali. Per una pedagogia della reforma, EDB, 2019, pp. 232 ss.

nuevo[12]. Las primeras comunidades cristianas resultaban atractivas porque eran capaces de ofrecer a la decadente sociedad de su tiempo un nuevo modo de vida, que colma de sentido la existencia humana. A imagen de Jesús, la primera Iglesia sobresalía por su capacidad de forjar hombres y mujeres nuevos, testigos del amor de Dios en la sociedad de su tiempo. Aquí radicaba su atractivo.

Hemos de ayudar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a percibir la novedad que trae Jesucristo. Él es "el mismo ayer hoy y para siempre" (Heb 13, 8) y su riqueza y hermosura son inagotables. Como comenta el Papa Francisco, "Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviese épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina" (EG 11). La riqueza y hermosura del misterio de Cristo es inmensa. En "Evangelii Gaudium" se habla de "recuperar la frescura original del Evangelio", encontrando "nuevos caminos" y "métodos creativos", Ofrecemos una palabra de vida, una luz para las personas, un gozo inmenso para quien acoge la fe.

3. Que la Iglesia sea casa y escuela de oración. En muchas personas que viven en las sociedades occidentales, se detecta un deseo profundo de encontrar paz frente a sinsabores y frustraciones y de alcanzar plenitud personal. En todo ello podemos ver manifestaciones de la sed de Absoluto que está en cada ser humano.

   Los cristianos tenemos una tradición espiritual extraordinaria, desde el "ora et labora" benedictino pasando por los ejercicios del espíritu ignacianos o la oración de corazón del oriente hasta formas de espiritualidad más comprometidas en el servicio a los pobres. Sin embargo, la gente no percibe a la Iglesia ni la fe cristiana como fuente de espiritualidad o de mística. Tienen más prestigio las propuestas procedentes del mundo oriental o de la Nueva Era. Por eso, uno de los retos más importantes que tenemos es que la Iglesia sea percibida como "maestra de espiritualidad y ámbito donde llegar a tener una experiencia profundamente humana del Dios vivo" [13]. Tenemos el reto de ofrecer una espiritualidad a todas estas personas que buscan, a partir del rico patrimonio que tiene la Iglesia.

   La nueva evangelización es, sobre todo, una escuela de oración. También en la actualidad existen más personas de las que pensamos que, como los discípulos de Jesús, suplican: "¡Señor, enséñanos a orar!" (Lc 11,1). Así mismo es muy importante cuidar la calidad de nuestras celebraciones litúrgicas, para que en ellas resplandezca y resulte experimentable algo de la dimensión del misterio de Dios. Nuestras parroquias han de ser escuelas de mistagogia, que ayuden a introducirse en el misterio de Dios.

4. La religiosidad popular puede ayudar a preparar el anuncio del Evangelio. Decía San Pablo VI que ella "refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer"[14]. En la Exhortación "Evangelii gaudium" el Papa Francisco ofrece un criterio muy valioso para entender esta realidad: "hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar" (EG 125). Nuestra actitud ante la religiosidad popular no puede ser la de quien mira desde la distancia y juzga con dureza una realidad que le es ajena: "sólo desde la connaturalidad que da el amor podemos

12 Cf. F. RAMIS DARDER, ¿Por qué eran tan atractivas las primeras comunidades cristianas? Teología del testimonio cristiano, PPC, Madrid 2021.

13 COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo". Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana (28-8-2019), n. 5.

14 S. PABLO VI, Enc. Evangelii Nuntiandi, 48.

apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres" (EG 125). Ahora bien, aun teniendo en cuenta todos sus valores, la piedad popular tiene sus límites. Necesita también ser evangelizada, para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico. Purificar y catequizar las expresiones de la piedad popular puede ser un elemento decisivo para evangelizar en profundidad al pueblo de Dios. Como advierte el Directorio para la piedad popular, ésta constituye un "imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda"[15].

PERSONAS Y COMUNIDADES QUE TRANSMITEN LA ALEGRÍA DE CREER

En nuestros días, como siempre, lo más importante es que haya personas que, viviendo su fe en la vida cotidiana, den testimonio de que la fe da vida y plenifica al ser humano. Para proponer la fe en la sociedad actual son necesarios, sobre todo, hombres y mujeres que vivan la vida nueva del discípulo. Sólo unas criaturas nuevas serán capaces de sembrar la semilla de Jesús en el corazón de los demás. No se puede dar razón de la fe sólo con argumentos. Es preciso realizarlo de manera existencial. Son necesarios testigos, personas que anuncien la fe desde sus propias vivencias. Lo que convence es el testimonio personal: la alegría de quien vive su fe, el pequeño gesto de amor a los demás (una caricia, dar de comer a un enfermo, cuidar a un anciano) o la apuesta decidida por la fraternidad.

La luz de la fe, la gracia que supone habernos encontrado con Cristo y la alegría que brota de esta experiencia se irradian a los demás. Por eso dijo el Papa Francisco en su primera Encíclica que "la fe se transmite por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama" (LF 37). Un cristiano no puede otorgar a los otros el don de la fe, pero sí puede compartir con ellos una experiencia que le llena de plenitud y sentido. Cada cristiano puede "contagiar" a los demás el entusiasmo que suscita haber encontrado a Cristo y participar de su amistad.

Es importante que también el testimonio sea comunitario. No sólo las personas, sino que toda la comunidad cristiana tiene que remitir a Cristo. La Iglesia es en Cristo como un sacramento, recordó el Concilio (LG 1). El sentido y razón de ser de la Iglesia está en ser signo, icono, parábola de Cristo.

Cada parroquia, cada comunidad cristiana tiene la misión de hacer que resplandezca el signo de Cristo. Nuestras comunidades, a pesar de sus pobrezas y limitaciones, han recibido el don de ser signo de Cristo para las gentes del barrio o del pueblo en que se ubican. Tienen, como toda la Iglesia, la misión de "ser signo e instrumento de la presencia de Cristo en el mundo"[16].

Por eso es tan importante la renovación de nuestras parroquias. Es necesario fortalecer la vida de las comunidades, crecer en la vivencia de Cristo y del Evangelio. Para evangelizar necesitamos contar con comunidades vivas, en las que todos se sientan corresponsables de la misión. Comunidades que se dejen impulsar por el Espíritu, que estén atentas en la escucha y celebración de la Palabra y en alerta para detectar los signos de los tiempos. Comunidades vigorosas, muy unidas a la Iglesia universal, muy conscientes del tesoro que llevan entre las manos, que sean alternativa de vida visible, autorizada y convincente para esta sociedad postcristiana.

El cristianismo no ha agotado su capacidad de fascinación. Sigue teniendo que ofrecer mucho a la persona contemporánea. Es momento de creatividad para la evangelización, de discernir en común, explorar nuevos caminos y de perseverar en la tarea.

15 CONGREGACIÓN PARA EL CULTO, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia (2002), n. 64.
16 MISAL ROMANO, Oración colecta por la Iglesia diocesana.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y DE GRUPO

Mirada creyente, VER.

Nos dice el autor que nuestros contemporáneos tienen anhelos de Dios, que lo buscan de diversas maneras, la mayoría de las veces fuera de la Iglesia. A veces aparece como un impulso íntimo a la búsqueda espiritual, otras como un anhelo de belleza, de bien o de justicia; también puede aparecer como búsqueda de amor o de sentido. Otros se preguntan ¿qué sucederá al final?

Observa durante esta semana a las personas de fuera de la Iglesia con las que te relacionas. ¿Podrías describir un hecho positivo que explique cómo es su búsqueda de sentido de la vida?

Reflexión creyente, JUZGAR.

La secularización, que no trajo la desaparición de la religión, sino su transformación, puede ser la oportunidad (el kairós) del cristianismo en esta hora vespertina, un nuevo desafío con nuevas oportunidades positivas para renovar y profundizar la fe, una fe más madura.

El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. Puedes orar con estos textos durante la semana y descubrir que llamadas recibes del Padre. Anótalas y comparte con tu equipo de vida.

"Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió no fue por ser vosotros más numerosos...sino...por puro amor a vosotros" (Dt 7,7s.)

"Nunca te dejaré ni te abandonaré. Carta a los Hebreos" 13, 1-8

"Consolad, consolad a mi pueblo" (Is 40,1)

"Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviese épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina" (Evangelii Gaudium 11)

Ya no digo que tengo "prójimos" a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros (Fratelli Tuti, 81)

Hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (cf. Os 11,4) para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos (Misericordia et Misere 19).

¿Podríamos los cristianos ser islas de espiritualidad y diálogo con las mujeres y hombres de nuestro tiempo? Razona tu respuesta.

Actuar

La altura espiritual de una vida humana está marcada por el amor (Fratelli Tuti 92).

La gente sabe en contra de qué están los católicos, pero ya no entiende de qué cosas están a favor y qué pueden aportar al mundo actual.

Sólo unas criaturas nuevas serán capaces de sembrar la semilla de Jesús en el corazón de los demás. No se puede dar razón de la fe sólo con argumentos. Es preciso realizarlo de manera existencial. Son necesarios testigos, personas que anuncien la fe desde sus propias vivencias.

¿De qué nos tenemos que convertir los cristianos para ofrecer a los hombre y mujeres actuales el mensaje siempre nuevo de Jesucristo? Concreta un compromiso personal, sencillo, realista y revisable.

Concreta un compromiso grupal en el que se muestre la alegría y misericordia de Dios.